

como si soñar dormido no fuese, tampoco, permisible, y esta es una manera de aprehender, desde la literatura, el mundo de la vida, como lo hace, por ejemplo, José Saramago, quien en esa bellísima novela titulada *Informe sobre la ceguera* construye la metáfora del hombre moderno que no tiene capacidad de ver más allá de las falsas imágenes de la impostura diurna.

Regímenes del día o de la noche, son temas claves para entender la crisis del hombre moderno que sucumbe ante el mundo objetual y cosificador, que tan clara y abiertamente es vapuleado en los textos de Jean Baudrillard. La originalidad de la puesta en escena de este tipo de tematizaciones estriba no en el hecho de que pinten la vida privada, sino en el énfasis con el que se revela su sentido general, su sustancia. Lejos están los cuadros costumbristas y realistas. Las memorias ín-

timas, como la relatada por Brenda, preparan un amplio y variado análisis de la vida privada, de la cultura interiorizada por el sujeto particular que la sufre en la intensidad de la noche, como homología de las tinieblas del alma individual y social. Y la caricatura del dolor cobra especial fuerza cuando el narrador echa mano de un humor negro con el cual intensifica el tono de carnaval y orgía de muerte, sangre y dolor. Tautología de una realidad social inocultable.

Concluyo citando a Julio Olaciregui que en su novela *Trapos al sol* afirma "El mundo se sostiene gracias a la fábula de la vida cotidiana". Desde el manejo narrativo sorprende en *Mala noche* la capacidad para mover al narrador, la competencia para trasladar la cámara hecha de palabras, de diálogos, de sonidos y de ruidos. *hojas Universitarias*.....

El escritor Rodolfo Ramón de Roux

Francisco Beltrán Peña
Facultad de Contaduría
Universidad Central

Rodolfo Ramón de Roux nació en Cali en 1945. Pertenece a una connotada familia de industriales e intelectuales que ha sabido prestar importantes servicios a la comunidad nacional. Es licenciado en filosofía (Varese Italia); licenciado y magister en teología (Universidad Javeriana de Bogotá); Doctor en Sociología de la Religión (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París); Doctor en Historia de América Latina (Universidad de Toulouse-Le Mirail). Desempeñó la decanatura de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, donde también fue profesor hasta su exilio. Es miembro de la Junta Directiva de la Cehila (Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina). Así, pues, Rodolfo Ramón de Roux es filósofo, teólogo, sociólogo, historiador y pedagogo, campos del conocimiento que bien domina y con profunda sabiduría conjuga en sus obras, cual connotado humanista.

Desde 1992, Rodolfo Ramón de Roux conquistó con denodado tesón la más brillante carrera docente que latinoamericano alguno haya alcanzado en una universidad europea. Todavía resulta más sorprendente el que hubiera escalado el Everest académico del grado de Profesor Titular en el lapso de escasos seis años, cuando lo normal consiste en desempeñar por cuatro años cada uno de los peldaños académicos: Profesor cate-

drático, Profesor auxiliar, Profesor asociado, Maître de conférences. El 12 de diciembre de 1997 defendió en audiencia pública el concurso ganado en "Habilitation a diriger des recherches", donde recibió además la mención: "con las felicitaciones unánimes del jurado", éste lo integraron cinco Profesores titulares de cátedras sobre Historia Latinoamericana en la universidad francesa, así: uno de la Sorbona, otro de París-Nanterre, otro de Bretaña y dos de Toulouse-Le Mirail. Con este concurso se hizo acreedor al más alto título, el más escaso en la universidad francesa. Tal resultado es apenas lógico en un hombre que ha sabido asumir el compromiso y la consagración al trabajo intelectual.

La aguda pluma de Rodolfo Ramón de Roux ha producido estas significativas obras: *Una Iglesia en estado de alerta*, 1983; *Nuestra historia*, 1984; *Historia de la humanidad*, 1986; *Elogio de la incertidumbre*, 1988; *Lo sagrado al acecho*, 1990; *Dos mundos enfrentados*, 1990; *Los laberintos de la esperanza*, 1993; *Cómo se legitima una conquista*, 1998; *De violencias y tolerancias, de próxima aparición*. Cabe anotar que su obra "Nuestra historia" produjo malestar entre los rancios miembros de la Academia Colombiana de Historia. Ella, en cabeza de uno de sus bien conocidos presidentes se pronunció cual digno representante de la siempre viva y acechante inquisición. Lo cierto fue

que el ilustre maestro centenario en una de sus habituales columnas de El Tiempo, lanza en ristre arremetió contra la generación de historiadores como los corruptores de la juventud. El caso de Sócrates se repite una y otra vez. Por supuesto el ortodoxo maestro se refería a los iconoclastas de los "Catecismos patrios", de la "Historia militar"; a los herejes, cismáticos y, en suma ateos de la dogmática del descubrimiento en tanto que encubrimiento, del eurocentrismo, de las cronologías y genealogías de política y militares. En otras palabras, se dirigía el inquisidor a los críticos del paradigma histórico del positivismo o del estructural funcionalismo. El nombre de De Roux era el único que figuraba en dicha columna. El cuerpo armado de la inquisición —que no parece sufrir problemas de lectura como sí los tiene buena parte de nuestra población—, tomó atenta nota de la referida columna a fin de enviar sufragios y amenazas de muerte al acusado de lesa patria. El acusado, por su parte, carente de la vocación de mártir no tuvo otra alternativa que exiliarse en Francia en 1988, porque como él mismo afirma en su ensayo "Catecismos patrios" "la patria no necesita gente muerta". Así, pues, la lucha de la modernidad iniciada por Ginés de Sepúlveda pero racionalizada por Francisco de Vitoria contra la postmodernidad gestada por Montesinos y articulada por Bartolomé de las Casas, continúa su curso en el presente y, quién sabe hasta cuando. La pregunta de Cicerón en una de sus catilinarias mantiene vigencia: "usque tandem Catilina".

Rodolfo Ramón de Roux se ha consagrado por entero al cultivo de la vida intelectual, asumida en la línea gramsciana. La investigación constituye el epicentro de su existencia, que cual intensa pasión asume en

el mejor estilo benedictino, así sostenga todo lo contrario por modestia. En el preámbulo de su libro *Lo sagrado al acecho* afirma: "Nótese bien que hablo de 'sugerir'. Un trabajo benedictino de pulimento, retoques, desarrollo de hipótesis, eliminación de posibles contradicciones, sería una hermosa manera de acceder a una *sacra scientia* con la que ustedes ni yo nos permitiríamos bromear ni que se bromee. Cumpló, por ahora con el oficio de bufón al que me empujan los vientos de lo provisorio". Lo cierto sí es que De Roux es un maestro del ensayo como género literario, del pensamiento analítico-crítico y de la síntesis, con meritorio aquilatamiento. La exquisitez de sus ensayos hace segregarse abundantes jugos gástricos intelectuales incluso a los neófitos de la lectura. Lo constato con mis dilectos estudiantes. Ello se explica porque el autor cumple como escritor la exigencia de José Martí: "La palabra es para decir la verdad, no para encubrirla". "Pensar es resolver, pensar es servir, pensar es prever". Por ello la facilidad con que en tan pocas palabras logra la problematización de serias, complejas, controvertidas y sugestivas cuestiones. El rigor, la precisión, la claridad, la metáfora, la ironía, la cita oportuna, el paréntesis explicatorio, la pulcritud, la belleza literaria son los comunes denominadores de sus ensayos. A manera de ejemplo y, como sostiene el saber popular: "para la muestra un botón" vale la pena confrontar entre otros, sus ensayos intitolados: "Elogio de la incertidumbre" y "Cultura y formación de docentes". Más parecen acuñados en el refinado yunque de un soneto que el producto de una investigación. ¿No será más bien que la ciencia también posee su expresión poética?

hojas Universitarias.....